

Es útil el voto útil?

Ya tuvimos treinta años de votar a los ‘menos malos’: es hora de que nos preguntemos dónde están los resultados.

Probablemente haya llegado el momento de replantearnos la estrategia que siempre se nos ha venido ofreciendo como inevitable, las más de las veces poco atractiva y de compromiso, que había que apurar como un mal trago esperando a cambio un beneficio que después nunca resultó ser tal.

Dos delimitaciones pueden hacerse acerca de lo que entendemos por ‘voto útil’, una más formal y otra más amplia y conceptual, sin que estas pretendan agotarlas y al solo efecto de fijar algunos hitos útiles para organizar reflexiones y debates.

La primera, según consta en una investigación cuyo enlace se comparte al final, (“**El voto “útil”, análisis del sistema electoral español.**”) es la del diccionario del español jurídico de la Real Academia Española, que define el voto útil o estratégico como aquel que *"ante una decisión, se emite a favor de una opción que, aun no siendo la preferida, tiene mayores posibilidades de derrotar a otra cuyo triunfo no se desea"* (Real Academia Española, 2019).

La otra, formulada por el jurista argentino Roberto Gargarella en el contexto de una entrevista cuyo enlace también se encuentra al final y cuya lectura es altamente recomendable: *“una extorsión electoral: para poder defender lo que me interesa, estoy obligado a suscribir lo que repudio.”*

Durante estos treinta años de democracia enclenque y cada vez más degradada y vulnerada, hemos terminado por asumir que votar al ‘menos peor’ era todo el horizonte al que podríamos aspirar, y que apostar a candidaturas mediocres, o improvisadas o cada vez menos distinguibles de sus oponentes en el poder, era un deber ciudadano. A esta actitud de resignación se ha sumado el temor al fracaso y a la frustración, que reverdece a las puertas de cada confrontación electoral y que nos empuja a renunciar a la ambición de algo mejor para aceptar lo que sabemos -o intuimos- que solo servirá para repetir el mismo ciclo una vez más.

Y aquí debe acotarse que en este tiempo, quienes detentan el poder desde hace siete décadas y quienes se lo disputan han terminado pareciéndose cada vez más, y que las prácticas políticas, los intereses que en los hechos defienden y los subterráneos vasos comunicantes con los poderes fácticos, han traspasado fronteras partidarias, colores y discursos, hasta volver indiscernible qué es oficialismo y qué es oposición.

Hoy esa división es puramente retórica y demanda -al menos del electorado más consciente- el esfuerzo de reformular sus demandas no ya en términos de ‘oficialismo versus oposición’ sino entre más de lo mismo -aunque bajo rostros, colores y discursos cambiantes- o verdaderas alternativas.

Cargar a otro con el muerto, o los motivos de la extorsión

En esta transición, descendente entre la autocracia mediocre y la democracia precaria, hemos llegado a aceptar como normal transferir sobre los hombros de los votantes la responsabilidad que no han tenido en su momento cúpulas partidarias o cenáculos políticos para seleccionar y ofrecer a la ciudadanía candidaturas que sean creíbles y capaces de mostrarse como una verdadera alternativa a lo mismo de siempre.

De esta forma, la responsabilidad injustamente trasladada a los electores se ha presentado como ‘voto útil’, algo que en realidad no es sino una extorsión sobre la que cabalgan las cúpulas partidarias para empujar una y otra vez al elector a renunciar a sus convicciones en pro de un supuesto pragmatismo que no es sino la conveniencia de liderazgos que demasiadas veces son raquíuticos, sospechosos y sin ideas, y que se nos presentan como convenientes o imprescindibles para toda la sociedad.

Todo esto ocurre a despecho del debate teórico que a veces se esgrime para reforzar esa presión extorsiva: el del dilema weberiano que opone en política la ética de la responsabilidad a la ética de la convicción, por más que el mismo Weber no lo haya enunciado de manera así de terminante. Basta con repasar las páginas donde, en “El político y el científico” el autor se hace la pregunta que abre el desarrollo de su reflexión: “Cuál es, pues, la verdadera relación entre ética y política?”. (*)

Pero la consigna del ‘voto útil’ tiene efectos más nocivos que los señalados hasta aquí: respalda la improvisación y la visión del corto plazo, se basa en los factores puramente coyunturales e inmediatos, se concentra en salvar en el último momento lo poco que resta -o lo poco que se espera-, en sostener y dar curso a la ambición escasa y a contentarse con lo que se tiene a mano.

En otros términos, el ‘voto útil’ no solo opera en el sentido inverso al de la construcción de una democracia sólida, ya que ésta presupone la conciencia del largo plazo y la afirmación constante y reiterada de objetivos que no suelen ser inmediatos, requiere la ejecución de programas de consensos amplios -con el tiempo que conllevan-, la aceptación y administración madura de la diversidad y la ejecución de estrategias de perspectivas amplias e integradoras, sino que además el ‘voto útil’ banaliza la práctica democrática al desestimar la pluralidad y al minimizar, cuando no descalificar, el ejercicio de las convicciones del votante, al tacharlas de colaboracionistas o funcionales al adversario. Si bien podrá argumentarse que son tácticas usuales en todos los escenarios, deberemos también aceptar que estos no son ejercicios que contribuyan a la democracia que necesitamos alcanzar en Paraguay.

Es más importante ganar elecciones o construir democracia?

Aunque alguno podría terciar con el consabido ‘no son cosas excluyentes’, los hechos de nuestra política demuestran que sí lo son. La dinámica implícita en el objetivo de ganar elecciones al costo que sea arrasa con cualquier objetivo serio y de más largo plazo, tal como lo demuestran los innumerables eventos electorales que con frenética periodicidad se han sucedido durante treinta años, en todos los niveles y escalas, sin que hayan contribuido en lo más mínimo a un fortalecimiento y mejora, ni de nuestras instituciones ni de nuestra democracia. Es algo que está a la vista de quien quiera verlo.

Desde las internas de las organizaciones políticas hasta las elecciones municipales y generales, desde las elecciones de comisiones directivas de cooperativas hasta las de clubes de barrio, nuestro sistema electoral solo ha logrado consolidar clanes y maquinarias abocadas casi por entero a mantenerse preparadas para la siguiente elección, y ha logrado edificar un complejo sistema que se concentra, se retroalimenta y se reproduce, no para avanzar en el perfeccionamiento de las instituciones y de la democracia, sino para cerrarlas, pervertirlas y ponerlas al servicio sectario de los intereses de grupos, camarillas y claques.

Nuestra orfandad de cultura democrática no solo es inmensa, sino que el deterioro de la pseudo democracia que tenemos es cada vez mayor, como lo demuestra -por ejemplo- la creciente participación del crimen organizado en la financiación de candidaturas y campañas electorales.

El sistema electoral y la ley del embudo

Debemos sumar aquí el dato clave de los orígenes de nuestra democracia para tener aún más clara la importancia de concentrarnos en construirla: signada por el puro electoralismo como principio fundacional y alumbrada por el pacto entre dos partidos tradicionales, histórica, cultural e ideológicamente siameses, alcanzar una democracia sustantiva y no meramente formal en realidad nunca estuvo en la agenda de ninguna organización partidaria desde 1989 hasta hoy.

Resultado de ese pacto temprano ya fue el diseño de la arquitectura normativa e institucional del sistema electoral, concebida y ajustada sobre la base de los intereses -puramente electoralistas y en función a un reparto de cupos de poder- de los dos grandes partidos de tal forma a instalar lo que con sabiduría el lenguaje coloquial llama ‘la ley del embudo’: por un camino u otro, cada norma, procedimiento y recurso termina favoreciendo en la práctica a los dos grandes partidos en detrimento de organizaciones menores o con menos trayectoria. Diferentes estudios, consistentes y ampliamente respaldados por datos, dan cuenta de las preocupantes debilidades de nuestro sistema electoral. Para muestra, y para quien quiera verlos, las referencias y enlaces se encuentran al final.

La consigna del 'voto útil' en realidad está muy lejos de ser neutral y todavía más lejos de perseguir una mejora en la oferta electoral: refuerza los déficits estructurales del sistema electoral como un todo y conduce a consolidar las desigualdades ya establecidas en favor de los dos grandes partidos, de tal forma que, como en un sistema de cauces, arroyos y ríos de menor porte, todas las demás fuerzas terminan alimentando los dos grandes ríos del sistema, ríos que -dicho sea de paso y para completar la metáfora hidrológica- allá, más lejos y fuera de nuestra vista, terminan convirtiéndose en uno solo.

La construcción (interesada) de un mito y la estrategia de invisibilizar opciones.

Los electores venimos siendo asediados en favor del 'voto útil' con la lógica de la profecía autocumplida que genera el escenario propicio para imponer el mito de que fuera de los dos grandes partidos es imposible avanzar con candidaturas diferentes y que cualquier propuesta desde afuera del sistema está condenada al fracaso.

Así se desalientan opciones alternativas y se las descalifica como puramente testimoniales y eventualmente, con la acusación de ser funcionales al adversario, tal como se mencionó anteriormente.

La grave consecuencia de esta estrategia es la eliminación de la diversidad de opciones y el estrechamiento o eliminación de canales que permitan la emergencia de nuevos liderazgos, con lo que se afirma el mito de que fuera del sistema bipartidista no existen alternativas dignas de consideración, repitiéndose así otro ciclo más de este círculo vicioso.

El ecosistema político se empobrece ante el mono(o bi)cultivo diseñado para no dejar crecer otra cosa: el objetivo es la invisibilización de otras opciones y reforzar la percepción del electorado de que está obligado a votar siempre por los mismos porque 'los políticos son todos iguales y no son capaces de presentar buenas alternativas'. Y la retórica del 'voto útil' cumple un rol fundamental en esta estrategia discursiva.

Es posible saber si el 'voto útil' fue útil?

En la cultura política paraguaya es muy escasa la capacidad de hacer balances y evaluar los efectos de las decisiones tomadas bajo el influjo deliberadamente promovido de fervor electoralista, cuyas vicisitudes se encaran como un acto pasional, con la ceguera de 'barras bravas' y de hinchadas fanáticas que al día siguiente se desentienden puerilmente de su responsabilidad al ver el alcance de los destrozos causados.

Sin embargo, si hiciésemos un balance descarnado de los resultados obtenidos bajo las promesas y la extorsión de las consignas del 'voto útil', requeriríamos mucha entereza para aceptar, después de los desastres causados por el fanatismo, la pasión y la ceguera, que una vez más fuimos burlados, que los resultados del 'voto útil' solo terminaron en tener más de lo mismo con otro rostro, otro color y otra consigna.

Como después de la borrachera, vemos que nada importante cambió y que el sistema no solo permaneció intacto sino que salió reforzado. Solo basta confrontar las promesas, los programas pergeñados a las apuradas, las otrora fervientes consignas, con los resultados que dejaron quienes en su momento fueron candidaturas cuya victoria dependía de nuestro 'voto útil'. Cambiaron en alguna cuestión de fondo las instituciones, se transformó algo estructural, se mejoró de forma sustantiva el sistema, hubo una ganancia significativa en eficiencia, en transparencia, en solidez institucional, en racionalidad del gasto o terminamos con lo mismo pero un poco peor? En definitiva, fue útil nuestro 'voto útil'?

Pero la pregunta todavía más importante que debemos respondernos tiene que ver con el crucial dilema de si gracias al 'voto útil' hemos logrado mejorar en algo -o no- la calidad de nuestra democracia, porque tener o participar en más elecciones donde se vota a actores distintos pero en esencia del mismo elenco, no significa más democracia: en el sistema que tenemos esas elecciones desembocan solo en engañosos recambios de piezas dentro de la misma maquinaria.

La crucial importancia del 'voto inútil': demostrar que sí hay opciones.

Si en vez de asignarle importancia a ganar elecciones, le asignáramos prioridad a construir democracia, se vuelve imperativo cambiar radicalmente la lógica de nuestro voto: pasar del 'voto útil' (el que sirve para que se perpetúen los que -detrás de las bambalinas- apuntalan la vigencia de un sistema que nos mantiene en la pre modernidad) al 'voto inútil'. Ya tuvimos treinta años de votar a los 'menos malos': es hora de que nos preguntemos dónde están los resultados.

Si lo que buscamos es construir democracia y construir instituciones, debemos construir antes que nada diversidad, demostrar que sí hay opciones y afirmar -con el acto de votar- que no estamos condenados a votar siempre a los mismos solo para no perder una elección.

Si por falta de perspectiva histórica nos dejamos atrapar en el temor de perder una elección, quedamos condenados a la imposibilidad de construir una democracia de verdad para cumplir una vez más el mismo ciclo que nos mantiene en el simulacro de una democracia de papel que solo sirve a los de siempre.

Por eso, el voto verdaderamente útil no es el que apunta sólo a ganar una elección al costo que sea, sino el que -aunque no gane una elección, y otra y otra tal vez- es capaz de empezar a abrir espacios nuevos y generar oportunidades a nuevos actores políticos.

Paradójicamente, el ‘voto inútil’, ‘inútil’ porque no se entrega para ganar una elección ahora, sino que se destina a demostrar que sí hay opciones, es el voto verdaderamente útil, porque permite construir democracia y no más partidocracia pre moderna.

Asunción, setiembre 20, 2021

Roberto Gargarella: “Hicimos crecer exponencialmente los derechos pero el poder sigue concentrado”

La Nación. 12 setiembre 2021

<https://www.lanacion.com.ar/opinion/la-repregunta-roberto-gargarella-hicimos-crecer-exponencialmente-los-derechos-pero-el-poder-sigue-nid12092021/>

El voto “útil”, análisis del sistema electoral español. 2020

Lola Villaro Yuste

<https://repositorio.comillas.edu/xmlui/bitstream/handle/11531/40748/TFG%20Villaro%20Yuste%2C%20Maria%20Dolores.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

La ética del voto útil. 2019

Carlos Manfroni

<https://www.lanacion.com.ar/opinion/la-etica-del-voto-util-nid2275733/#:~:text=21%3A06-,Carlos%20Manfroni,-PARA%20LA%20NACION>

Sistema electoral paraguayo: Consideraciones para una Reforma Constitucional. 2018

Camilo J. Filártiga Callizo

<https://www.cej.org.py/uploads/files/Reforma%20Constitucional%202%20-%20Sistema%20electoral.pdf>

Sobre la inutilidad del voto útil. 2016

Gabriel Tortella

<https://www.elmundo.es/opinion/2016/06/25/576ea9a0268e3eff558b4585.html>

Mapa de debilidades del sistema electoral. Paraguay 2016

Organización Semillas para la democracia. abril 2016

<https://www.semillas.org.py/biblioteca/1887/>

“Cultura política política, sociedad civil y participación ciudadana. El caso Paraguay”.

Esteban Caballero, en:

“Partidos políticos y sistema electoral. Consolidación del sistema democrático; el rol del sistema electoral y los partidos políticos en Paraguay”. 2003

Alejandro Vial (coord.) CIRDA

(*) El político y el científico.

Max Weber

Ed. Alianza. 2000, p. 161 y ss.